

# Editorial

NUESTRA CONDICIÓN HUMANA está marcada por la transitoriedad. *Tempus fugit*, la frase latina, el tiempo huye, define la certeza de nuestro término inminente. Pocas obras dramáticas delinean con claridad nuestra incertidumbre ante la muerte como *Los emplazados* de Elías Canetti, donde el argumento gira en torno a la angustia respecto a nuestra fecha límite en los territorios de la existencia.

El tema de la muerte es para la literatura de un atractivo irresistible: somos los muertos que nos precedieron, como insinúa Jean-Paul Sartre, y ante las pérdidas que atestiguamos y sufrimos sabemos que una parte de nosotros se marchita; si bien, íntimamente, continuamos muchas de esas relaciones en diálogo callado con nuestros manes. Pocas imágenes son por ello tan fascinantes como las que vemos en torno a las festividades mexicanas de los días de difuntos, forman parte íntima de nuestro ser colectivo.

Para nuestro siglo, sin embargo, nuestra relación con la muerte y el trasmundo se ha multiplicado; y en muchas ocasiones no es nada sencillo asimilar la vertiginosa y creciente danza final que acecha a la humanidad como antes lo hicieron la peste y las epidemias.

*Casa del tiempo* muestra la visión de diversos autores de ayer y de hoy en torno al tema: desde los ecos del poema de Jorge Manrique dedicado a la muerte de su padre que se traslucen en las imágenes poderosas del poema de Francisco Segovia hasta los ecos de los muertos en Internet; el reconocimiento de una nación a sus grandes hombres, y (asunto obligado) algunos aspectos del derecho testamentario que a todos conviene saber, entre otras aproximaciones.

No todo debe ser una lamentación. Más allá de las tradicionales calaveras que corren en aulas, en oficinas o, todavía, en algunas secciones de diarios y revistas, recomendamos considerar de una buena vez el propio epitafio. Para probar propuestas al respecto *Casa del tiempo* sugiere una visita en paz a: [bit.ly/rg3Uka](http://bit.ly/rg3Uka)

